

RECENSIONES

CARLOS DELGADO: *El proceso revolucionario peruano: testimonio de lucha*. Siglo Veintiuno Editores, S. A. México, Madrid, Buenos Aires. 1972, 177 pp.

El proceso revolucionario peruano resulta uno de los campos de experiencia más profundos y más significativos respecto a la problemática de todas las naciones americanas de estructuras hispánicas. El Perú ha sido unas veces ejemplo destacado de las dificultades formales que los países de América meridional han encontrado en lo penoso de sus evoluciones entre las independencias y el corriente siglo; pero al mismo tiempo ha presentado más caracterizadas y arraigadas las peculiaridades de su localismo. Después del tiempo de gran auge en que durante el período virreinal Lima fue (junto con Méjico) otro de los polos entre los cuales giraron los destinos y las riquezas del ultramar español, la independencia acarrió disminuciones y desgarramientos de territorios como los del Alto Perú, convertido en Bolivia. Entonces los destinos del nuevo Perú reducido se concentraron sobre ellos mismos, pero sin dejar de ser un punto clave en el conjunto andino.

La revolución militar, que se inició desde octubre de 1968, no fue sólo el comienzo de una nueva etapa política, sino casi también el comienzo de una era completamente nueva en la historia peruana. Por lo menos, ha resultado cierto que para comprender lo que está pasando en el Perú desde entonces ya no pueden volver a ser utilizados los materiales interpretativos que sirvieron para la explicación de las circunstancias que se dieron antes del referido 1968. Después comenzaron un proceso, un problema y un fenómeno totalmente nuevos en la vida del país. Así es necesario que dicho fenómeno nuevo del Perú actual sea visto y explicado de un nuevo modo.

Carlos Delgado es una de las personalidades civiles más vinculadas a la trayectoria del movimiento militar y más entusiastas de sus principios y procedimientos. Sin embargo, no enfoca su interpretación favorable de una manera propagandísticamente partidista, sino con intención de darle a sus explicaciones y comentarios una cierta traza técnica. Carlos Delgado es profesor de Ciencias Sociales en la Universidad peruana «Cayetano Heredia», de Lima. Además es asesor de la dirección del Instituto Nacional de Planificación.

Las tesis que este autor expone y las deducciones que saca de ellas pueden, evidentemente, ser discutibles en sentidos favorables, desfavorables o simplemente de duda. Pero parecen sinceras, y en todo caso presentan un gran interés, atendiendo a su aportación como panorama documental.

RECENSIONES

Su libro *El proceso revolucionario peruano: testimonio de lucha*, se basa en la afirmación previa de que la revolución militar del Perú tiene un carácter procesal; es decir, que no sólo importan sus rumbos y sus resultados, sino las formas de su trayectoria. Se recuerda que toda revolución representa un proceso de desarrollo a través de etapas, que no siempre concuerdan, pero que tienden a conservar las unidades de objetivo. Se insiste en que toda revolución es una tarea inconclusa, un esfuerzo de aproximación hacia finalidades últimas que no siempre son totalmente alcanzables.

Respecto al proceso revolucionario peruano, Carlos Delgado reconoce que desde sus comienzos se ha visto presionado por una doble oposición interna y externa. Dice que para resistir esas presiones contrarias, los dirigentes del movimiento de 1968 han orientado el sentido de las reformas de su revolución. Estas se explican según la concepción que define su sentido y su finalidad; es decir, en la naturaleza misma del proyecto revolucionario.

El mismo Carlos Delgado, en una entrevista de prensa, donde procuró resumir los tres primeros años del proceso revolucionario actual, dijo que puede ser definido a la vez como revolucionario y como nacionalista. Respecto a lo revolucionario, las razones para poder calificarlo con esta palabra son las de que por primera vez en el Perú se ha comenzado a desarrollar un conjunto de medidas encaminadas a modificar las relaciones básicas de poder económico, social y político de la sociedad peruana. Se ha vulnerado el dominio oligárquico de los sectores que siempre dominaban el conjunto de la sociedad peruana mediante el control de su economía y la subordinación a ciertas grandes empresas imperialistas extranjeras.

En cuanto al carácter nacionalista, se dice que puede utilizarse esta palabra porque el actual proceso gubernamental de Lima está orientado a rescatar para la soberanía del Perú todo lo que se perdió a lo largo de muchos años de subordinación a los intereses foráneos. Lo nacionalista también se entiende en el sentido de que su formulación arranca de la consideración de que los grandes problemas nacionales deben plantearse desde perspectivas de observación enteramente peruanas. Uno de los más graves y que la revolución actual tuvo que tener inicialmente más cuenta ha sido el de que, desde siempre, hubiesen existido dentro del país peruano grandes sectores sociales marginados, empobrecidos, analfabetos y con unas estructuras colectivas absolutamente deficitarias.

Como los núcleos más densos y más numerosos de los referidos sectores marginados antes de la revolución de 1968 eran los campesinos, la obra emprendida de la reforma agraria constituye un punto clave para el análisis y la comprensión de las rutas prácticas seguidas por el proceso reformista revolucionario. La reforma agraria es así el principal sector de prueba para experimentar si la labor del régimen actual es o no positiva.

Carlos Delgado dice que dicha reforma ha sido concebida en vista de la convicción sentida por el Gobierno revolucionario de que la alteración esencial de las relaciones de propiedad y poder en el agro significaría necesariamente la iniciación y el mayor acicate para emprender una trayectoria de transformación total del Estado, del pueblo y de las estructuras nacionales peruanas. Sin olvidar el hecho de que las masas de la población rural peruana (sobre todo en las provincias montañosas) se componen de poblaciones autóctonas de orígenes amerindios o de elementos mestizos, en todos

RECENSIONES

los cuales predominaban los factores depresivos más sencillos a causa de la misma marginación y los bajos niveles económico-culturales.

El profesor Delgado insiste en que en un país de mayorías rurales deprimidas, la transformación profunda de la sociedad campesina no puede ser entendida como una reforma puramente sectorial, sino como una alteración muy honda de la totalidad del universo social. Por eso se viene teniendo en cuenta que el destino de la revolución puede depender en gran parte del curso que siga el proceso de cambios en el agro y en el modo de vida de sus habitantes.

En un mensaje a la nación, que el general Velasco Alvarado dirigió en julio de 1970, insistió en que no se trata sólo de que el campesino peruano mejore sus ingresos y se convierta en dueño de la tierra. Pues lo más importante no es su acceso a la propiedad, que económicamente le libera, sino su convencimiento de que posee un efectivo e inalienable derecho a decidir en los asuntos que atañen a él, a su familia y a su colectividad.

El punto de partida fundamental fue el de que la reforma agraria comenzase por liquidar los grandes latifundios que constituían las haciendas azucareras de la región Norte, haciendas sobre las cuales se apoyaba el sistema de hegemonía política de los grupos de presión más poderosos y el mayor sector de las injerencias económicas extranjeras.

La referida reforma agraria, que sigue su curso, trata también, según ya se ha visto, de dar a los núcleos campesinos unos conceptos de propia decisión y propia responsabilidad. Las mejoras de la revolución peruana tienden a procurar que los campesinos (indios y mestizos) desarrollen nuevas aptitudes y nuevas formas de comportamiento que estimulen sus capacidades de creación. Aunque es evidente que hará falta mucho tiempo antes de que la nueva sociedad agraria pueda abandonar los patrones de depresión y resignación que se formaron durante tantas generaciones. Es evidente que todavía habrá en el campo muchos desajustes y retrasos en la adecuación a las nuevas realidades.

Volviendo a tratar del planteamiento actual peruano en todo su amplio sentido, se observa que para Carlos Delgado no sólo se trata de rechazar un anterior modelo de desarrollo, que fue provocado e incrustado según normas colonialistas, sino de precisar y hacer arraigar el exacto conocimiento del cómo y el para qué de la recusación. Esta viene también a parar en una negativa de que sea necesario sujetarse al falso dilema de «capitalismo o comunismo». En el Perú se trata ante todo de que las formas sociales de propiedad y producción estén sujetas a la gestión libre y directa de los núcleos de los propios trabajadores.

En un sentido diferente, por sus factores dudosos (aunque no necesariamente contrarios ni especialmente pesimistas), están los antecedentes de que antes de la revolución fuese casi total la ausencia de tradición participacionista en la sociedad peruana. Desde algún tiempo después de la independencia, en dicha sociedad el poder de decisión quedó en pocas manos. Se crearon unas minorías cerradas, donde se concentraron todas las dimensiones de la riqueza y el poder. Así las estructuras nacionales carecieron de raíces populares.

RECENSIONES

En resumen, la afirmación central del libro sobre el proceso revolucionario peruano parece ser la de que se caracteriza por un empeño de antidogmatismo y por una estrecha conexión con las circunstancias materiales. En el cuarto capítulo de la obra se proclama que la singularidad de dicho proceso consiste en su afán de ruptura con todos los esquemas puramente teóricos y de interpretación política. Carlos Delgado aprovecha la oportunidad para elogiar el hecho de que una acción militar haya logrado poner en marcha una reforma básica total. Que no es obra de partidos políticos ni de una insurrección popular, sino de una acción planificada del ejército, iniciada por procedimientos pacíficos.

En cuanto al inmediato porvenir, la consigna parece consistir en apoyar los principales esfuerzos del llamado Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social. Se trata de una institución establecida al cumplirse el segundo aniversario de la reforma agraria. El «sistema» se considera como puesta en marcha de la política de participación popular en escala total. No sólo como acción política inmediata, sino también como reforzamiento de entrenamiento de cohesión psíquico-cultural.

RODOLFO GIL BENUMEYA

DEUTSCHE GESELLSCHAFT FÜR AUSWÄRTIGE POLITIK: *Aussenpolitische Perspektiven des westdeutschen Staates*, tomo III. *Der Zwang zur Partnerschaft*, München-Wien, 1972, R. Oldenbourg, 314 pp.

La posición de la RFA se está afianzando en condiciones de *partner* dentro de la alianza atlántica y de la integración europea; asimismo frente a los Estados miembros del Pacto de Varsovia y del COMECON.

Uno de los principales intereses de la RFA es la conservación de la paz, entendida no solamente como ausencia de la guerra, de otros conflictos y renuncia al empleo de la fuerza, sino también como contribución a la colaboración entre pueblos y al sentimiento de la solidaridad internacional. La conservación de la paz no es un factor puramente pasivo—abstenerse de provocar conflictos—, sino más bien positivo, consistente en una colaboración internacional activa. Sigue siendo necesaria la participación germano-federal en la alianza occidental. Junto a la paz destaca el interés por la seguridad y por un desarrollo propio de la RFA en el concierto de naciones. El único peligro podría llegar desde el Este, ya que la interdependencia en el Oeste es casi equilibrada, y aunque en el campo militar es indiscutible la preponderancia norteamericana, Washington nunca interviene en los asuntos internos de sus aliados, al ejemplo de Moscú respecto a los Estados de su bloque.

El intento de una regulación de las fronteras con Polonia constituye una prueba de que los alemanes renuncian al papel de gran potencia. La línea Oder-Neisse parece simbolizar la reconciliación germano-polaca, al ejemplo de la reconciliación con Francia, cuando un río (Rhin), en vez de separar, une a varios pueblos. Sobre estos presupuestos se prepara el nuevo orden en Europa; sería entonces también posible la reunificación del país y la solución del problema de Berlín. Sin embargo, la reunifica-

RECENSIONES

ción es inadmisiblesobre la base de la autodeterminación en forma de un Estado nacional; ni la RFA ni la RDA pueden cambiar de posiciones dentro de los respectivos bloques. En este caso la reunificación se limitaría al mejoramiento de la situación interalemana, propósito ya conseguido en parte. No hay unidad de criterios al respecto, pero las realidades siguen imperando conforme a la Westpolitik soviética. No obstante, y en cuanto a largo plazo, la mayoría de los alemanes creen en la reunificación. En tal sentido, la política germano-federal ha de ser revisada, preparando nuevas iniciativas para el futuro. Un tratado de paz con «Alemania» es prácticamente imposible. La situación actual favorece al Este, al que interesa mejorarla a través de las relaciones interalemanas, ya que de esta manera llegan a la zona del Mercado Común productos socialistas a través de la RFA sin aduana.

La presente obra es fruto de un equipo de investigación de la Sociedad Alemana de Política Exterior, radicada en Bonn. Entre los colaboradores de este tercer volumen figuran Dieter Dettke, Hans Siegfried Lamm, Manfred Rexin, Adolf Müller, Joachim Glaubitz, Hans R. Krämer, Heinrich Machowski, Dietrich Kebschull, Karl Wolfgang Menck, Axel Borrmann, Karl Carstens, como autores de los respectivos estudios. Como comentaristas figuran Ernst Richert, Eberhard Schulz, Wolfgang Wagner y Richard Löwenthal. La mayoría de entre ellos son de reconocido renombre científico.

La identidad más acusada entre los intereses de la RFA y los Estados del Este es el imperativo de asegurar la paz a largo plazo. Dentro de esa concepción un tanto general entra en juego la conservación de la paz en Europa, a pesar de ciertas divergencias político-exteriores y político-sociales entre la RFA y el bloque socialista. Como ampliación de tal programa podría servir la cooperación económica. En cambio, las diferencias existentes giran en torno al desarrollo europeo y a la solución del problema alemán. En todos los países del Este predomina la concepción oficial e inoficial de que la existencia de dos Estados alemanes contribuye positivamente a la seguridad europea. En Praga, Budapest y Sofía prevalece más bien el criterio del desarrollo histórico, de las causas que condujeron a la división de Alemania, junto con el «carácter de clases» del actual régimen en la RDA y en la RFA, mientras tanto en Bucarest y Belgrado se atribuye más importancia a la división del potencial económico y militar de Alemania en general; por esta razón, Rumania y Yugoslavia consideran que es necesario mantener buenas y normales relaciones con las dos Alemanias. Albania, por su parte, considera tanto a la RFA como a la RDA como «órganos ejecutivos» de la voluntad de las grandes potencias.

Ahora bien, el desarrollo de la OSTPOLITIK prueba que la normalización de las relaciones entre el Este europeo y la RFA se puede realizar a pesar de las diferencias ideológicas y político-sociales. Con que Bonn reconozca el *statu quo* territorial con la RDA y frente a los demás países del Este.

En cuanto al futuro europeo, existe un amplio campo de entendimiento entre la opinión pública germano-federal y europeo-oriental. En un principio, ambos bandos están de acuerdo en que la división del viejo continente perjudica a todos los europeos, sólo que los orientales pretenden reunificarlo bajo la bandera soviético-comunista...; mientras tanto los alemanes occidentales pretenden salvaguardar los principios tradicionales de la democracia liberal en lo individual y en lo colectivo. Aquí está el núcleo

RECENSIONES

del problema: por el momento es imposible unir a todos los europeos; por consiguiente, los obstáculos ideológicos y políticos pueden ser superados, al menos en parte, en forma de una colaboración más directa y estrecha en otros campos: económico, técnico, científico, cultural, etc. Mientras no se proceda a la unificación de Europa no habrá posibilidad alguna de reunificar a los alemanes.

Esta concepción tan realista no es nueva, puesto que todos los Gobiernos de la RFA, tanto cristiano-demócrata como social-demócrata, persiguen el mismo objetivo, aunque discrepen en métodos..., prácticamente desde 1949, año en que nacieron los dos Estados alemanes. El curso «duro» de los democristianos fue reemplazado por un curso político quizá «demasiado blando» de los socialistas. En ambos casos, y en determinadas circunstancias, los alemanes lograron sacar algún que otro fruto para su país. Actualmente la Ostpolitik constituye una nueva fase—la de colaboración con el Este—; sin embargo, no es más que el comienzo..., ya que se perfila un tercer curso, cuya trayectoria sería más bien intermedia entre los dos anteriores—exactamente en virtud de la seguridad paneuropea.

La postura alemana es compartida incluso por algunos Gobiernos y pueblos del bloque socialista; no del todo, claro está; pero lo importante es que en este caso se vaya formando una opinión pública europea más homogénea que hasta ahora. Yugoslavia es partidaria de la conservación del *statu quo* territorial y al mismo tiempo reivindica la implantación del principio de igualdad entre todos los Estados existentes en Europa. Con ello, Belgrado intenta revalorizar el papel de los Estados pequeños y medianos en el concierto político internacional.

Las divergencias subsisten y subsistirán durante mucho tiempo; sin embargo, a pesar de las mismas, se dan unas condiciones de colaboración entre todos los pueblos europeos, por encima de las ideologías y sistemas político-sociales. Parece que esta realidad va tomando terreno no solamente en la RFA, sino también en el Este europeo. Si la RFA está dispuesta a respetar las estructuras sociales de los países socialistas, tiene el derecho a que éstos respeten las suyas. Sólo en este caso, y por ahora, sería posible sustituir la coexistencia por la colaboración.

STEFAN GŁEJDURA

ENRIQUE RUIZ-GARCÍA: *Subdesarrollo y liberación*. Alianza Editorial, Madrid, 1973, 365 páginas.

La aparición de estas páginas enriquece y, al mismo tiempo, dignifica la bibliografía existente sobre la problemática sociopolítica que los pueblos del llamado Tercer Mundo tienen planteada. El empleo, por nuestra parte, de la expresión «dignificación» no debe ser interpretada en su natural sentido de elogio, sino, por el contrario, en el estrictamente riguroso de exacto. Pocos autores han tratado con tanta diligencia y cuidado el tema del Tercer Mundo como el doctor Ruiz-García —autor de muy expresivas páginas sobre el tema—, que, haciendo gala de una formidable formación política, social y económica conoce minuciosamente hasta el más pequeño detalle de la atormentada

RECENSIONES

existencia de los pueblos situados allende los mares. Su libro, efectivamente, debe tomarse como lo que es: una extraordinaria lección de objetividad, prudencia y deseo de clarificación de las ideas que sobre América Latina, principalmente, se tienen en la actualidad.

La primera cuestión que el autor aborda no es, aunque a simple vista lo parece, sencilla: definir lo que es y lo que no es el Tercer Mundo. Para el doctor Ruiz-García —así lo manifiesta— el Tercer Mundo es, antes que nada, un concepto de estricta y, al tiempo, de equívoca significación política, económica y casi geográfica. Sirve para entenderse desde una sumaria y primera instancia. Partiendo de esa latitud —en tanto que problema o totalidad de problemas de una extensa parte del planeta—, se comprende bien que el concepto político del Tercer Mundo no sea sólo una realidad estática, estable, sino un verdadero cuestionario revolucionario —o que determina crisis revolucionarias— que afecta a dos tercios, cuando menos, de la Humanidad. Esos dos tercios de la Humanidad luchan por obtener el derecho a la plena expresión de su autonomía rompiendo con los mediadores —o disuasores— de las fuerzas dominantes; por conseguir un desarrollo económico y social que implique su articulación en lo humano; por la reforma de las estructuras impuestas —o derivadas— del control y la desarticulación colonialista o imperialista en su primera fase o, en la actual, derivada esta última del modelo expansivo del capitalismo multinacional y monopolístico.

El doctor Ruiz-García, por otra parte, se apresura a subrayar igualmente la evidente sinonimia existente entre las expresiones «Tercer Mundo» y «Subdesarrollo»: Una imprescindible necesidad metodológica exigirá, desde ahora —al emplear ambos términos—, la precisión y el orden. En otras palabras, el Tercer Mundo ha sido homologado e integrado simplemente en el concepto anterior, es decir, en el subdesarrollo. Es ostensible, por todas aquellas circunstancias, que no será posible aspirar a una interpretación teórica del Tercer Mundo sin establecer antes los ejes dialécticos del desarrollo y del subdesarrollo, esto es, sin identificar las condiciones objetivas que los hacen posibles y desiguales. En suma, esta serie sucesiva de afirmaciones conduce, entre autor y lector, a un trabajo casi en común: a elegir como instrumento de investigación el de la estructura significativa, es decir, a proceder al deslindamiento estricto, en el sector de realidad elegido para el trabajo —el Tercer Mundo— de lo accidental y lo esencial. La tarea no es pequeña, ya que la mayor parte de las investigaciones en este campo excluyen las causas —explotación y desarticulación a nivel internacional— y toman como esenciales los datos accidentales.

Las ideaciones sobre el Tercer Mundo son, en casos muy divergentes. Simplificadamente, y una vez más tomando lo accesorio por lo fundamental, se ha dicho que frente a los dos mundos, es decir, el capitalista y el socialista, los pueblos subdesarrollados constituyen *el tercero*.

Pero, como recientemente ha dicho un autor, tal vez existe un problema todavía más grave, por supuesto, que el adecuado empleo gramatical de los términos aludidos, a saber: que lo más sorprendente del atraso latinoamericano es la carencia de una concepción objetiva acerca de la naturaleza estructural del atraso. Economistas, sociólogos, científicos sociales latinoamericanos, han aceptado y canonizado las versiones teóricas norteamericanas sobre el *subdesarrollo* de la América Latina. Desde luego han

aceptado sus diagnósticos oficiales—como el de W. Rostow—y sus normas racionalistas y formales sobre políticas de desarrollo. Ni una sola de las naciones latinoamericanas se ha desarrollado siguiendo las formulaciones, cánones y estrategias exportadas desde los Estados Unidos. Desde luego, la adopción de la teoría de Adam Smith en el siglo XIX, a través de la influencia económica inglesa en América Latina, ha tenido el mismo carácter colonialista que la adopción contemporánea de Keynes o Rostow a través de la influencia norteamericana. Ni siquiera la industrialización se ha convertido en América Latina en una nueva fuerza motora de la transformación y del desarrollo, no sólo porque ha operado en ámbitos nacionales de bajísimos niveles culturales y económicos (en los que todavía no ha desaparecido el analfabetismo absoluto, ni la intención de la inmersión campesina, ni ha sido resuelto el problema de *integración* de un sistema nacional de mercado), sino porque el más moderno cuadro de industrias manufactureras se ha trasplantado desde la nación metropolitana a la América Latina como un *enclave tecnológico*, amparado por un invulnerable sistema de patentes y marcas. Las industrias básicas sometidas al control de los gigantes «conglomerados» norteamericanos no han desatado un proceso de irradiación cultural y tecnológica, ni han estimulado esas tareas de investigación científica, destinadas a la adaptación y aplicación de las modernas tecnologías.

Tal vez, pensamos, de todas las interrogantes que el autor de estas páginas pone ante nosotros, la más sugestiva, sin duda, sea la siguiente: ¿Se pueden considerar a las naciones que integran el Tercer Mundo como naciones proletarias...? Tampoco, se apresura a señalar el doctor Ruiz-García, podría aplicarse al Tercer Mundo, como hace Pierre Moussa en dos de sus libros, la terminología, muy atrayente e incitadora, de *naciones proletarias*. Toynbee había hablado antes, con precisión cultural, «de un proletariado exterior en el mundo occidental».

Hablar de naciones proletarias en oposición, por tanto, a las naciones industriales, ricas o explotadoras permitiría acaso la satisfacción moral, la catarsis demagógica o psicológica —a mayor intensidad, mayor debilidad argumental—, pero no se incrementaría un centímetro, quizá, el análisis de la realidad. En efecto, ello sería tanto como pretender que ese «proletariado exterior de Occidente» esté conformado por naciones de una sola clase social: la de los explotados. Afirmarlo sería aumentar, y de forma muy notable, la confusión ya existente, puesto que si bien es cierto que sólo la complejidad económica permite el desarrollo conceptual de las clases sociales —que son un fenómeno muy distinto al de las castas o los grupos sociales cerrados— en el sentido moderno y marxista del término, no menos verdad es que las sociedades del Tercer Mundo ofrecen: *a)* la clase de los explotadores nacionales, y *b)* la estructuración y vinculación precisa de esa clase con la clase internacional que domina los mercados de materias primas o productos básicos. Ese enorme encadenamiento político-lingüístico de «naciones proletarias» sólo podrá emplearse objetivamente cuando se incluya en su contexto el papel que cumplen en él las clases y los grupos nacionales decisivos en el mecanismo y proceso del subdesarrollo. El problema, a todas luces, es otro y de más amplias y extensas connotaciones que las que, por hábito y desgana simplificadora, suelen citarse.

Otra de las muy atinadas observaciones que se insertan en estas páginas es la refe-

RECENSIONES

rente al hecho —no tan insólito como algún que otro autor ha señalado— de que, ciertamente, la distancia entre los «países opulentos» y los «países pobres» no decrece: El más intenso y crítico de los problemas contemporáneos descansa no sólo en la pobreza radical del Tercer Mundo, sino en el hecho de que la brecha, la distancia entre los países industriales—que se comportan como verdaderas *islas de la opulencia*— y los países subdesarrollados, tiende a incrementarse.

Es patente que existe, además, una ingente desigualdad social, técnica, estructural y económica que acentúa los desequilibrios. Los países capitalistas incluyen dentro de sus áreas expansivas y de explotación a la mayor parte de los países subdesarrollados. En efecto, las naciones asiáticas, mayoritariamente —excluidas China, la República de Vietnam del Norte y la República de Corea del Norte—, poseen regímenes de economía de mercado. Otro tanto ocurre, al margen de Cuba —la experiencia chilena está en su iniciación—, en Latinoamérica y en África.

Es curioso, en todo caso, que a pesar de ese «distanciamiento» los países capitalistas occidentales han insistido en que representan, y el concepto adquirió toda su fuerza expresiva durante la guerra fría, al *mundo libre*. La anomalía sociológica y política de esa expresión se ejemplifica al contemplarse la crisis de las relaciones internacionales entre los países desarrollados y los subdesarrollados, sobremanera a medida que los últimos adquieren una conciencia verdadera y suficiente de los mecanismos de la explotación. De todas las maneras, ese concepto de «mundo libre» ya había provocado un disenso pleno, una repulsa precisa, en algunos países dependientes, inclusive entre los incluidos en las áreas de la economía de mercado. En 1953, en el curso de su visita a El Cairo, Foster Dulles, secretario de Estado americano, proclamó, con las apreciaciones de rigor sobre la importancia de la civilización egipcia, que el general Neguib era «uno de los más destacados dirigentes del mundo libre».

No se le oculta al autor de estas páginas el hecho notorio de que en torno del Tercer Mundo existe lo que podríamos considerar como cierta inflación bibliográfica, al extremo, ciertamente, de poder afirmar aquello de que los árboles nos impiden ver el bosque, a saber: la excesiva bibliografía sobre el Tercer Mundo oscurece más que clarifica la especial situación en la que estos países se encuentran. El principal conflicto que subyace en el análisis del subdesarrollo depende, en su sentido estricto, de la tendencia a considerar que el problema ha sido tratado apropiadamente por la aglomeración de datos y que éstos presuponen, en sí, una metodología a la vez científica y neutra. La verdad sería, al contrario, que el subdesarrollo ha sido interpretado intelectualmente según la naturaleza misma de los intereses de las clases nacionales o internacionales dominantes. De ahí que, casi normativamente, se eliminarán de los presupuestos críticos —en los análisis «interiores» de los grandes imperios sobre todo— los resultados y consecuencias de la explotación, de la despersonalización y del colonialismo. Estos factores parecían ser, en el examen lineal de los hechos, simples accidentes sin importancia o de menor interés que las presunciones estadísticas de «imposibilidad».

El resultado global más destacado vino a ser después claro: las relaciones de la dependencia colonial se replantearon y reprodujeron en la etapa de la independencia de las naciones sometidas en razón de que el viejo aparato del Estado y el modelo de

producción anterior reinstalaban, en el estadio de la subordinación independiente, el mismo proceso. De ahí que insista, como medida indispensable, en la urgente necesidad de descolonizar la independencia, esto es, de someter a una dimensión de criticidad el conformismo nacionalista.

La cultura de la nación dominante había despersonalizado y deshumanizado, en suma, a los pueblos colonizados al transformar sus culturas autóctonas en puros fenómenos arqueológicos —o antropológicos— aptos sólo para el análisis, más o menos estático, que sugiere la reconstrucción de toda forma de vida aniquilada. Cultura que, además, se interpretaba, asumía y representaba. en sus símbolos y mitos, por la nueva clase intelectual de las naciones expansivas. Roger Garaudy, proporcionando todo su valor a esa situación, dirá lo siguiente:

«El colonialismo ha transformado sistemáticamente al autóctono en objeto, y ello no solamente negando todo valor a su cultura propia, sino imponiéndole una formación que no tenía otro sentido que proporcionar la mano de obra útil a la metrópoli y, al tiempo, establecer una moral favorable a la suscitación de una nueva docilidad.»

Es indisputable que la cuestión fundamental no estriba ya en hacer una requisitoria demagógica del colonialismo como tal. Ello sería adoptar la posición más simplificada. Se trata, en su carácter más decisivo, de posibilitar un método que permita profundizar en un fenómeno histórico —el subdesarrollo— no sólo como consecuencia social de una explotación económica específica, sino en tanto que formulación concreta de un universo ideológico que implica, con la mutación del sujeto en objeto, la perpetuación de la dependencia y la separación radical de las masas sometidas y el aparato del Estado o, en suma, la separación de aquéllas de la organización del poder.

Especial cuidado pone el autor de este libro al enfrentarse ante el contenido de dos expresiones que, a primera vista, parecen querer expresar lo mismo: Para el doctor Ruiz-García los términos «atraso» y «subdesarrollo» no quieren, bajo ningún aspecto, decir lo mismo: El atraso —puntualiza—, en suma, no puede, en forma alguna, asimilarse al «subdesarrollo» típico, como he precisado en otro lugar. Las culturas cerradas, detenidas en una fase del proceso histórico, no pueden ser entendidas como sociedades subdesarrolladas, aunque se den cita en ellas, como es visible, indicadores de *renta per capita*, analfabetismo, mortalidad infantil, mayoritaria presencia del sector agrario, es decir, los datos que se juzgan útiles para identificar, simplificadoramente, el subdesarrollo «lineal», estadístico.

Se diría, en suma, que el subdesarrollo es un proceso distinto: un fenómeno que se separa del cuadro del atraso para singularizarse, sin más, como un producto material, concreto, del capitalismo expansivo.

El subdesarrollo se diferencia del atraso histórico o económico —atraso en el cual pueden existir o coexistir, en potencia, formas culturales que dan respuesta funcional a las interrogaciones colectivas estáticas— en algo que no puede ser considerado, en ningún caso, de menor importancia, sino al revés: en el hecho de que toda fase de subdesarrollo presupone, a la vez, dos cuestiones: la acción depredatoria e imperativa, primero, de la organización militar, cultural y económica exterior sobre la cultura interna, que generalmente es destruida y, en segundo término, la aparición de un modelo capitalista de apropiación y explotación que da origen, de forma insoslayable,

RECENSIONES

a dos economías radicalmente separadas entre sí: la economía moderna que lleva la cultura conquistadora consigo —y que la representa técnicamente— y la economía tradicional del país intervenido o colonizado. Economía que desde ese momento deja de ser también una respuesta para convertirse en un hecho aislado, con tendencia casi irreversible no al cambio, sino a la degradación, sin que, al tiempo, se modifique la situación de sus grandes mayorías marginales y estáticas.

Cabe, pues, preguntarnos: ¿Qué se esconde bajo la expresión «desarrollo» y «subdesarrollo»? Desarrollo y subdesarrollo, nos asegura el doctor Ruiz-García, comienzan a ser, por lo pronto y en términos teóricos, algo más que etapas de la dominación o de la desarticulación, para ser conceptos dialécticos urgidos de una reinterpretación crítica, renovadora. Por lo menos un hecho es verosímil en este trance: la imposibilidad real de salir del subdesarrollo sin considerar antes su verdadero proceso causal. Desde los viejos supuestos de la escuela de la sociología y la economía desorientadoras, resulta física y metafísicamente, improbable.

Arribados a este altozano, convendría insistir, por tanto, en otro supuesto implícito y diferencial: que el desarrollo real tampoco puede ser asimilado al crecimiento por el crecimiento. Este último fenómeno, que ha ejercido, sin duda, una excepcional influencia en el avance humano —negarlo es pueril—, nos remite, de mejor suerte, al imperativo nodal del capitalismo: al beneficio. El desarrollo, en realidad, se ha sacrificado en gran parte al crecimiento económico indiscriminado, y esta indiscriminación se ha cumplido, en una medida considerable, contra aquél.

Tiene indudable interés el hecho de que haya sido precisamente en el campo capitalista donde se han producido, hasta el momento, los estudios más críticos contra el crecimiento ilimitado. El documento del Instituto Tecnológico de Massachusetts —The Limits to Growth— lo prueba fehacientemente. De igual manera insiste sobre el tema el informe del Club de Roma, informe que posibilitó la famosa carta de Siconolfi, «Sobre el estado del mundo». Para el Club de Roma tres grandes amenazas pesan hoy sobre la Humanidad: la contaminación, el agotamiento de los recursos naturales y la superpoblación.

Sin llevar el debate a consideraciones agónicas, apenas cabe duda de que, por relevantes que sean los datos sobre esos tres indudables riesgos, nada de ello debe hacerse por olvidar lo esencial: que se hace preciso definir con nuevos conceptos —que difícilmente podrían cumplirse sin reformas fundamentales en el campo institucional— el desarrollo en tanto que realidad global del progreso humano. El crecimiento económico, como resultado insoslayable, tendrá que someterse al discernimiento analítico de sus componentes. Unos contribuirán al progreso real del hombre —con su entorno— y otros no. Ese simple hecho, al margen de las exageraciones apocalípticas y milenaristas, es decir, por encima de puros mecanismos dialécticos retóricos, nos permitiría plantear una explicación racional del capitalismo como elemento esencial en la autodestrucción. La educación, en ese aspecto, tiene un papel decisivo para el crecimiento económico, puesto que es uno de los factores residuales más importantes. No obstante, tiende a ser convertida en un subproducto cultural dirigido a la excitación del crecimiento en sí, a la exaltación del consumo y a la adaptación al sistema que espera autodestrucción.

RECENSIONES

El bienestar de los últimos decenios en el mundo occidental —y progresivamente en los países socialistas— destacaría el conflicto que encierra la yuxtaposición del crecimiento y el desarrollo integral y también las contradicciones, a su vez, entre Trabajo y Ocio, entre Naturaleza y Expansión Económica, entre Salario y Propiedad. Contradicciones que no pueden resolverse en el viejo contexto del Capitalismo-Crecimiento-Beneficio. De la misma manera, pese a la desigualdad manifiesta que se vierte en los conceptos, tampoco Subdesarrollo y Desarrollo podrán superar su radical antagonismo sin ser replanteadas —en conjunto— las categorías y definiciones de una crisis en lo que, pese a todo, tienen de común: Explotación y Dependencia.

Más allá de las páginas centrales de su obra el autor procede a dilucidar una sugestiva cuestión, a saber: la toma de conciencia de la «existencia» de pueblos oprimidos y la causa del porqué de algunas de las más significativas revoluciones sociopolíticas que recientemente se han sucedido: En todo el Tercer Mundo —precisa el doctor Ruiz-García—, sobre todo en las zonas conquistadas militar o económicamente por el imperialismo, se han producido notorios casos de mesianismo «liberador» que han tomado, según la situación objetiva de cada región, de cada país o de cada área cultural, aspectos relevantemente significativos que no siempre han retenido ni merecido la atención adecuada. No en todas las ocasiones se trataba de levantamientos revolucionarios, sino de movimientos sociales conservadores que tendían «a la restauración del mundo tradicional o nacional» que el poder dominante, por la relación específica del desarrollo desigual, destruía.

La toma de conciencia daría origen a mesianismos distintos, pero de connotación socioeconómica clara y que evidenciaban las tendencias sociales profundas de los grupos dominados, tendencias que formulaban, aunque desde criterios coyunturales, la continuidad organizada de los grupos y el sentimiento de solidaridad que la desarticulación colonial, al crear las condiciones de la aculturación como norma, inhibía o deformaba, sí, pero no siempre aplastaba definitivamente. Dominados, sometidos a las normas religiosas o culturales coloniales algunos movimientos de rebelión arrancaban, antes que del nacionalismo, de la propia ideología establecida por el opresor a la que se exigía su íntima coherencia, es decir, la perfecta integración entre el decir y el hacer.

No deja tampoco de ser enormemente significativa la alusión que el autor de estas páginas hace respecto de la rentabilidad del Tercer Mundo, a saber: las grandes metrópolis se han dado cuenta que la vía mercantil con el Tercer Mundo ha agotado su filón. Consecuentemente, según palabras del propio doctor Ruiz-García, el Tercer Mundo no es ya rentable en términos, cuando menos, relativos. Las islas de la opulencia tienden a comerciar, a integrarse y a especializarse entre sí. Se retorna a viejos métodos de control y se rehúsa admitir que exista una relación orgánica entre el subdesarrollo y el desarrollo.

La lucha de clases a escala del planeta, que en la década de los años setenta se ha incrementado al extenderse el paro a millones de parados en el mundo capitalista —éste se ha acomodado ya a vivir, como si fuera fatal, sobre la inflación y el desempleo—, tiene también una relación orgánica con el gigantesco paro del Tercer Mundo.

RECENSIONES

La hipótesis, a su vez, de que los países tradicionales tenían proscrita por su propia estructura la lucha de clases está siendo desmentida por los hechos. El fondo de la sociedad tradicional africana, por ejemplo, se conformaba sobre lo comunitario —désele el signo tribal que se quiera— y lo igualitario. El subdesarrollo, como consecuencia de la penetración sectorial del capitalismo extractivo o de monocultivo, destruyó las raíces del equilibrio comunitario y creó una sociedad dual: la gran mayoría marginal —progresivamente degradada— y la minoría integrada en el nuevo proceso de producción. Parecía que esa situación se sostendría por mucho tiempo. En vez de lo comunitario e igualatorio los movimientos previos a la independencia crearon, como respuesta a aquella ruptura irremediable, la idea de la «unidad nacional».

Por otra parte, insinúa el autor, lo que es cierto es que en todos los países del Tercer Mundo un sector de la clase dominante se encuentra instalado en las mismas premisas, gustos e ideas y práctica del consumo que la burguesía que representa al capital monopolístico. Las luchas de clases no son, en esas circunstancias, previsiones fantásticas.

Podemos, pues, de conformidad con el pensamiento del autor de este libro, llegar a una conclusión más o menos definitiva, a saber: el capitalismo, aunque cueste trabajo el creerlo, ha fracasado en el Tercer Mundo. Justamente, subraya el doctor Ruiz-García, el fracaso del capitalismo en la transformación de los supuestos del subdesarrollo —se han agrandado las distancias y estratificado las deformaciones económicas— demuestra que, en tanto que modelo de eficiencia, tiene un límite: el determinado por sus propios medios y por sus fines. De manera inevitable, por la exigencia de lo colectivo, la transformación del mundo no es asunto ya del capitalismo. Al revés, éste ha llegado a formas de concentración multinacional de tal clase que, se quiera o no, conllevan consigo la guerra, pero ¿es ésta operativa hoy?

Hace un siglo los cañones de la flota inglesa podían resolver, para cincuenta años de estabilidad inhibida, las contradicciones del sistema. La guerra arrancaba, pues, de una suerte de falsa pero indisputable falsificación filosófica: que todo conflicto armado establecía —de ahí su rentabilidad última— la hegemonía de una clase, de un país o un modelo de producción. Lo que no percibimos claramente todavía, porque ello ocurre en el «nosotros mismos», es que la función de la guerra como eliminación de las contradicciones por el sistema —inyectado de falsa elocuencia moral o ideológica— de eliminación del adversario está dejando paso a una situación inédita y sobrecogedoramente excitante: que la guerra se va haciendo, como categoría universal, progresivamente imposible y al tiempo tomando carácter de aniquilación final. Las contradicciones adquieren, por consiguiente, un valor de contestación inexorable.

Hasta ahora, en síntesis, la guerra resolvía el dilema del imperialismo. En estos momentos la paz es la máxima contradicción del sistema. Casi insuperable. De ahí que haya tenido que organizarse, y sistemáticamente, la paz sometida al rearmamentismo. Pero ¿puede prolongarse indefinidamente ese procedimiento sin que suponga una explosión? ¿Sin que las masas comprendan el mecanismo de relojería de guerra y represión, producción y rearme y lo desarticulen?

De todas formas podemos concluir afirmando algo notoriamente sabido —el propio autor lo ha repetido en otra ocasión—: que se ayuda a los pueblos del Tercer Mundo

RECENSIONES

por temor—cuando se les ayuda (anotamos nosotros)—, pero no por un verdadero imperativo de justicia. ¿Es exactamente así? Podría asegurarse aún más: que el problema sobrepasa, inclusive, esa interpretación. José de Castro, no sin ironía, decía un día que unos no duermen por falta de alimentos, y otros por saber, con mala conciencia, que casi tres tercios de la Humanidad sufren graves penurias. Hombres más duros y realistas se limitan a hacer constar que la mala conciencia de las naciones ricas no llega a tanto. Lo que es indudable es que la distancia entre los países del Tercer Mundo y las islas de opulencia europea o norteamericana no disminuye, sino que se acelera.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

NORMAN F. CANTOR: *La era de la protesta*, Alianza Editorial. Madrid, 1973, 430 pp.

Desde hace mucho tiempo se ha sabido técnicamente, al referirse a las trayectorias de lo internacional, que existen a la vez una historia externa y una historia interna. La externa se refiere a los acontecimientos más ruidosos, que suelen ser hechos (más o menos oficiales) de Estados, naciones, guerras y paces, sistemas de gobierno, etc. La historia interna suena menos, pero es mucho más profunda y efectiva. Se debe a que de ella suelen proceder las verdaderas causas de la otra, y a que contiene los elementos más genuinamente humanos de las costumbres, las culturas, las renovaciones de generaciones, los idearios de cambios y mejoras, etc.

Sin esta distinción específica de lo externo y lo interno es casi imposible poder determinar con absoluta precisión los motivos, a la vez psíquicos y materiales, de la mayor parte de los hechos internacionales que se van sucediendo a lo largo de etapas de grupos de años. La distinción es de uso profesional entre los historiadores; pero no tan recordada cuando se da cuenta de la actualidad a través de los medios corrientes informativos. Las descripciones de sucesos internacionales que vamos viviendo se van ajustando a las preferencias del momento más que a las leyes racionales de los procesos evolutivos... Los mayores idearios y las más impulsivas sacudidas internacionales (o super-regionales) de nuestro tiempo, pocas veces llegan al fondo de sus determinantes iniciales.

La cuestión de la protesta es evidentemente aquella en que mejor se nota la poca correlación entre lo que se suele comentar como efecto de las actualidades y lo que se olvida o se descuida respecto a las causas profundas. La protesta se diferencia profundamente de la revolución, no sólo por los resultados, sino por los planteamientos. Dichos planteamientos dan con frecuencia todo su carácter a lapsos enteros de tiempo, durante los cuales las protestas cambian las formas de pensamiento y expresión en sociedades enteras.

La obra estadounidense de Norman F. Cantor, referente a la protesta como fenómeno histórico-político de estructuras especiales, tiene (entre varios, grandes méritos) el de que no sólo contiene un método completo de enfoque de la materia analizada, sino que también proporciona un sistema de conclusiones. Norman F. Cantor ha sido

RECENSIONES

y es profesor de Historia en las Universidades de Princeton, Columbia y Brandeis. El opina que la protesta es el fenómeno de masas más característico de esta centuria. Su libro lleva el subtítulo de *Oposición y rebeldía en el siglo xx*. La tesis general desarrollada a lo largo de sus páginas es la de que todas las formas más contemporáneas de expresión de descontentos colectivos presentan un común estilo y unas técnicas semejantes.

En la exposición, el punto de partida consiste en distinguir entre «protesta» y «revolución»; sobre todo porque la primera es la norma y la segunda, la excepción. La protesta se define como un ataque que se lleva a cabo por vías intelectuales o de un modo organizado contra un orden establecido. La revolución, en cambio, se realiza cuando triunfa un derrumbamiento de un orden social entero, junto con una desmoralización colectiva. El profesor Norman F. Cantor precisa que cuando la protesta recurre a la violencia lo hace con fines concretos y específicos, tales como una asonada o un atentado político enderezados a confundir a los dirigentes y a llamar la atención sobre una injusticia determinada. En cambio la revolución va acompañada por una violencia desencadenada que acaba por convertirse en una finalidad por sí misma.

En el libro *La Era de la protesta* los diversos movimientos estudiados toman al año 1900 como punto de partida, aunque realmente algunos tuvieron sus antecedentes directos o indirectos antes de dicha fecha. De todos modos, se define globalmente al «viejo régimen» de 1900 diciendo que se basaba en el encasillamiento de las gentes en gobernantes y gobernados; en personas de sólida formación y personas de sin ella; varones racionales y féminas irracionales; señores de las metrópolis y nativos de las colonias; negociantes responsables y pobres irresponsables. Pero la nueva cultura de principio del siglo valoró más los sentimientos y los deseos que las tradiciones y el poder, aplicando estilos de irracionalismos y relativismos.

La primera parte de la obra de Norman F. Cantor se ocupa de la aparición de la protesta contemporánea en general; con el feminismo británico, el modelo irlandés, ciertos amotinamientos franceses y la experiencia rusa. Sigue el estudio de las protestas contra la «normalidad», con apartados como el de la rebeldía de la generación del jazz, y la ascensión del nazismo alemán. En la tercera parte, referida a protestas antiimperialistas, se trató de un marxismo político difuso; de las protestas de escritores y artistas, y de la India de Gandhi, como ejemplos escogidos entre lo anticolonial.

El último de los cuatro grandes apartados se titula «La Era de la protesta permanente». Incluye la liberación negra en los Estados Unidos, el movimiento de los *beats* y sus relaciones con la protesta comunista contra el stalinismo; los motivos y los efectos de los sucesos de París en mayo de 1968, etc. Hay también un epílogo sobre la naturaleza de la protesta; epílogo que se refiere a las conclusiones que pueden deducirse del conjunto de los movimientos producidos dentro del siglo xx.

Esta parte final tiende a procurar ofrecer algunas directrices comunes, tanto para quienes desean fomentar y llevar a buen fin unos movimientos de protesta con objetivos positivos, como para quienes desean eliminarlos por anticipación o superación. Aunque en realidad más que directrices son sólo prudentes generalizaciones con intenciones sobre todo informativas.

Un sector muy importante dentro de la información es el que precisa la carac-

RECENSIONES

terística de los movimientos de protesta, como corrientes determinantes de todo lo político nacional e internacional, desde puntos de arranque marcadamente humanistas. Parten de la convicción de que la protesta no es buena ni mala por sí misma, sino sólo un medio (generalmente efectivo) de forzar cambios en la sociedad moderna. Norman F. Cantor trata de inducir al lector a su propia convicción de que la mayor parte de las grandes transformaciones políticas y sociales producidas en nuestro siglo han sido causadas (o por lo menos aceleradas) por las acciones de los movimientos de protesta que él enumera en su libro, o por otros semejantes que no han sido referidos ni aludidos. Sobre todo varios producidos en los sectores asiáticos y africanos de países que han sido colonizados o presionados colonialmente.

Un punto especialmente subrayado es que los movimientos de protesta colectiva son tanto vehículos de las derechas como de las izquierdas; por lo cual dichos movimientos no pueden juzgarse según sus programas, sino según los objetivos que se proponen, y los medios como tratan de conseguirlos. Se subraya en los movimientos de protesta el que ofrezcan una evasión de la vida diaria propia de la sociedad industrial, y tan pronto angosta como rutinaria. También se comprueba que estos movimientos proporcionan la satisfacción de participar en un afán colectivo de tipo idealístico. Hasta llegar a los puntos culminantes en los cuales la protesta se convierte en una forma de vida que absorbe todas las energías, el talento y las pasiones de los participantes.

También se subrayan los datos históricos y biográficos de que a pesar que la mayor parte de los movimientos de protesta del siglo xx han abogado, de un modo u otro, por la liberación o la mejora de las clases trabajadoras o las capas sociales deprimidas, en realidad muy pocas veces han sido dirigidas por obreros. La protesta contemporánea ha venido siendo un fenómeno de la clase media; no sólo por el origen de los portavoces de la protesta intelectual, sino por el de los líderes de la confrontación.

Respecto a lo cronológico se hace constar que la protesta requiere una enorme energía y una total disposición para sacrificar la posición social, por lo cual la mayor parte de los líderes contestatarios son jóvenes. Acaso esta juventud predominante puede explicar el que cada protesta engendre otra protesta, o por lo menos sirva de estímulo para otros grupos. En lo cual actúa también el progresivo desarrollo de los medios de comunicación a escalas internacional y mundial.

El autor del referido libro insiste en que por diferentes que puedan ser los objetivos y las ideologías de los movimientos modernos de oposición y rebeldía, tienen todos un común estilo de vida y unas técnicas semejantes para la expresión del descontento, por lo cual pueden ser agrupados en una sola categoría. La rebelión es presentada como un fenómeno relacionado con los de la industrialización, los problemas urbanos, la contaminación, la profesionalización del deporte, la presión demográfica, etcétera. El libro no elogia ni condena la protesta de este siglo, sino que se limita a encuadrarla y precisarla.

Por otra parte, el hecho de que el repertorio de temas se refiera principalmente a los movimientos de orígenes europeos y norteamericanos es un factor que impone bastantes limitaciones para las conclusiones de conjunto. Aunque (según se han señalado

RECENSIONES

anteriormente) el capítulo dedicado a Ghandi y la protesta india proporciona un anexo útil, referente a gran parte de las variantes del conocido como Tercer Mundo. Por ejemplo, el hecho de que los principales factores que llevaron a la victoria del nacionalismo panindio, que orientaba el partido del Congreso, no fueron los de la insurrección armada, sino los de la desobediencia civil en masas imponentes, y el boicott sostenido para rechazar los factores del régimen colonial-imperial.

La pérdida del semicontinente indostano por parte del *Raj* británico fue también el punto inicial del posterior gradual desmoronamiento de toda la Mancomunidad controlada desde Londres, así como indirectamente el comienzo de la descomposición del imperio francés de Ultramar, y de las otras dominaciones sueltas menores.

El triunfo en la India de un movimiento de protesta muy característico, que ganó sin necesidad de llegar a la «revolución» propiamente dicha, se presenta como prueba de que las protestas colectivas triunfan siempre que logran derribar la confianza que los dirigentes de los viejos regímenes tienen en sí mismos.

RODOLFO GIL BENUMEYA

B. H. LIDDELL HART: *Memorias de un cronista militar*, Luis de Caralt, editor, Barcelona, 1973, 565 pp.

«La historia demuestra que, como regla general, los ejércitos aprenden de la derrota, pero no de la victoria; que es la facción que pierde la que capta las lecciones de la guerra, mientras que el vencedor se muestra peligrosamente dormido», apunta el autor. Y la historia de este libro es la historia, en lo básico, del período de entreguerras. La gran victoria aliada de 1918 ha costado demasiado a Francia y los franceses, sentando su planificación futura en torno a la Línea Maginot, mientras que los alemanes, los grandes derrotados, pondrán en vigor las divisiones «Panzer», que revientan el frente y desbordan las pretensiones de atrincheramiento.

Entre los teóricos de la guerra entre los dos conflictos mundiales sin duda alguna el que ocupa el primer puesto es el capitán inglés Liddell Hart. Universitario, hecho oficial con la IGM, sufrió las consecuencias de la guerra, quedando inhabilitado para el servicio activo. Había visto los estragos de la guerra de trincheras, la falta de imaginación del alto mando, los cientos de miles de víctimas para la conquista de unas millas cuadradas. Absorbido por la ciencia militar y sin empleo militar, comenzó a arremeter aquí y allá hasta hacerse oír lo suficiente para que encontrara empleo en periódicos, aterrizando finalmente en el inevitable *The Times*, de Londres, donde se proyecta en toda su magnitud la política de apaciguamiento, sus inmensos silencios y su impacto en la política general.

Liddell Hart se dio cuenta del gran alcance del carro de combate si se le agrupaba en grandes unidades autónomas, con acompañamiento de otras armas, en vez de ser instrumento auxiliar de las divisiones de infantería clásicas. El gran debate en pro de las divisiones blindadas rebota una y otra vez contra el blindaje de las ideas adquiridas de una vez y para siempre, al partirse de la base de que si nueva guerra estallare se efectuar-

ría como la primera. Aun quienes apreciaban las ideas de Hart, las confundían. Confundían divisiones motorizadas, mecanizadas, blindadas. El mismo general Fuller, aceptando la idea de Hart, la extrapolaba al otro extremo: divisiones de tanques sólo integradas por tanques, sin más.

La voz y consejo de Hart, tan aireados por prensa de prestigio, hallaban eco entre personajes significativos tanto de la política y la diplomacia como de las fuerzas armadas de los tres ejércitos (cuando la aviación, por fin, pudo erigirse como arma propia). Los marinos, a pesar de adscribirse una aviación naval, tampoco iban demasiado lejos en sus luces al menoscabar el portaaviones, que sería el arma naval decisiva de la guerra. El culto al acorazado era inalterable, y así fue para la propia Alemania, que tan revolucionarias innovaciones aportó y que le valieron sus triunfos raudos del principio: carros de combate agrupados en divisiones: aviación táctica (en picado), pero todo lo más, en el mar, los heredados acorazados de bolsillo.

La fama de Hart trascendió las fronteras y los Estados Mayores de Francia, y sobre todo de Bélgica y Holanda, lo tenían informado y hasta, en algún caso, al corriente de sus planes. Hart se echaba las manos a la cabeza y advertía, pontificaba... Pero nada. Y el desastre llegó, como había previsto. Incluso durante los largos meses de la «*drôle de guerre*» intuyó que la penetración alemana podría ser por las Ardenas, aconsejando que al menos se derribaran árboles en las carreteras. ¡Imposible! ¡La caballería francesa tenía que avanzar por ellas en caso de invasión de Bélgica! Desde luego, llegado el caso, avanzaría, sólo que para retroceder mucho más de prisa y ya no parar hasta el desastre final. ¡Y pensar que más de cuatro años después por el mismo lugar los nazis lanzarían su última gran ofensiva!

Reiteradamente aparecen las posibilidades del Ejército Rojo, sobre todo cuando la amenaza hitleriana es ya un hecho; pero es precisamente en este momento que aquel Ejército sufre sus radicales purgas, que hicieron dudar a tantos de la eficacia de Rusia como potencia militar. Las diversas crisis se van sucediendo. Hart cree que con todos los aparentes datos adversos, de haber acudido al reto de Hitler cuando la crisis de los Sudetes, la guerra habría ido mejor para los aliados de lo que fue. La guerra de España, de la que Hart sacó una serie de puntos —«lecciones»— fue, naturalmente, objeto de su apreciación. Y es precisamente aquí que un Hart tan atento a la perspectiva mundial como un todo, y no sólo en su vertiente militar, creyó que serían los republicanos quienes vencerían, pasándole por alto que el secreto de la victoria de Franco, en su aspecto diplomático determinante, residió no en Roma o Berlín, sino en Londres, donde vivía y escribía Hart. Implícitamente se indica que si los italianos fracasaron en Guadalajara fue a causa de haberse valido de una sola vía de acceso, de haberse hecho esclavos de la carretera cuando el carro de combate está precisamente para pasarse de ella.

Este hombre que había aconsejado la guerra en reiteradas ocasiones, incluyendo la crisis de Munich, ahora, cuando la de Danzig, aconsejó que se evitara a todo precio. Por vez primera germanos y soviéticos tendrían una frontera común y a la larga tendrían que chocar. Es lo mismo que pensaba Stalin. Se adelantó y probablemente se sorprendió de que no se desdeclara la guerra a las pocas semanas de haberse declarado.

Serían los Guderian y sus seguidores del mismo bando quienes se declararon discípulos consumados de Hart. Dayan sería de la misma escuela. Por 1942 todos los ejércitos

RECENSIONES

sabían cómo contener la *Blitzkrieg*, cuando Alemania estaba ya en Stalingrado y en El Alamein. Más vale tarde que nunca. Hart, que murió en 1970 (su libro es de 1965), no puede quejarse de todo de la imbecilidad humana. Al fin y al cabo, no fue acusado de «traidor» contra su patria, alimentando técnicamente la estrategia del enemigo.

TOMÁS MESTRE

